

El Canto de los Delfines



Numero 4, 2018

Luz

Jackie Espinoza

Recuerdo el día que me cambió la vida. Fue cuando mi hermana Luz me llenó de... luz. Me hizo ver cosas que no quería ver. Si no hubiera sido por ella, sé que ahorita no estaría estudiando para poder ayudar a gente que siente que no tiene voz: A mi gente, los chicanos, quienes desde que este país fue establecido, nunca hemos tenido lo que nos merecemos.

Antes de escuchar el grito de mi mamá anunciando que ya está el desayuno, me despierta la vocecita de Luz. Me toma un momento para registrar lo que me están preguntando sus palabras. Enojado, le grito que no, sin importarme lo que me dijo y me vuelvo a acostar. Al salirse de mi cuarto, avienta la puerta para que retumbe al cerrar. Con el gran sonido, se despierta mi hermano mayor, Joel. Me hago el dormido mientras él se empieza a arreglar para ir a trabajar con mis papás. Antes de salir me llama, pero me doy la vuelta, sigo pretendiendo estar dormido.

Me quedo en cama, viendo el reloj, minuto por minuto, hasta las seis, cuando escucho que la puerta de enfrente se cierra anunciando que, por fin, se fueron mis papás y mis hermanos. Ya sé que me estoy portando mal, pero es que simplemente no quiero saber lo que está pasando con los dueños del rancho donde trabajan mis papás. Esas son cosas de adulto, pero como Luz, a sus ocho años, ya se quiere sentir grande, se mete. Saliéndome de mi cuarto miro mi desayuno sobre el mantel amarillo que cubre la mesa que mis papás se compraron en una segunda cuando llegaron a este país. Por lo regular, todo lo que hay en mi casa ha sido usado antes. Cosas viejas para los de piel blanca, pero nuevas para mi familia. Empiezo a comer, saboreando cada cucharada y prendo la tele para ver las caricaturas antes de salir para la escuela.

.....

Cuando me bajo del autobús siento la incomodidad de los maestros con los estudiantes como una nube gris. Había tres maestros en la entrada en vez de uno. Dos de ellos se estaban secreteando, pero estoy seguro que están hablando de nuestros papás, y de lo que está sucediendo en el campo.



Chuy está en la puerta esperándome, manteniendo una distancia del maestro que está a unos pies de él. Cuando lo saludo me empieza a decir que sus papás se enojaron por no haber ido con ellos a la marcha. Le contesté que por eso yo me había hecho el dormido, y la única que se había enojado fue Luz, pero ella no podía hacer nada.

Después de entrar al salón, nos sentamos en nuestros escritorios organizados alfabéticamente por nuestros apellidos. Recordé que cuando empezó el año escolar, mi maestra recién graduada, no sabía qué hacer con los que teníamos nuestros dos apellidos. Entonces supe la clase de maestra que era cuando empezó a decir que aquí, en América, solo se usa uno. No teníamos razón por la cual usar el apellido de nuestros papás y el de nuestras mamás. Todos los que teníamos los dos apellidos, nos pusimos como jitomates. ¿Cómo le podíamos aclarar, que, aunque estamos en América, teníamos papás mexicanos que, con su sudor y dolor de espalda, mantienen el orgullo de su nombre en un país que no quiere reconocerlos como gente?

Mientras estaba pensando en esto, no vi que Jeremy, el hijo del patrón de mis papás, iba entrado con sus dos amiguitos. Llegando al pie de mi escritorio, me empezaron a decir que mi gente era basura y mal agradecidos, que no importaba lo que hiciéramos, nunca íbamos a llegar a ser algo y que les dijera a mis papás que dejaran las locuras. Al levantarme para decirle que yo no me iba a meter, entró la maestra. Sin ninguna duda, me senté rápido mientras Jeremy se reía.

Al comenzar la clase, empecé a notar que muchos de mis amigos no habían venido a la escuela hoy. No me sorprendí, hoy es el día que Cesar Chávez hablaría en el rancho donde trabajan la mayoría de nuestros papás. Aunque parte de mí quería estar con ellos, apoyando a nuestra gente, a la misma vez quería ser reconocido como americano, y no como mexicano. No porque me avergüenza, sino porque la vida es más fácil así. Interrumpiendo mis pensamientos, un maestro llega corriendo a mi clase para avisarle a mi maestra que algunos de los papás han sido arrestados. Al oír esto, Chuy y yo nos levantamos en un brinco. Salimos corriendo, sin importar los gritos que no perseguían. Subimos a la camioneta de Chuy, empecé a rezar. Si algo le pasó a mi familia, no sé qué voy hacer. Luz está chiquita, pero tenía más fuerzas que yo. Me pongo a pensar en ella. Aunque es la pequeña de mi familia, es la que tiene más valor. No se deja cuando yo actúo como un hermano mayor y me rezonga cuando sabe que me lo merezco. Veinte minutos duramos para llegar al rancho. Al bajar de la camioneta, vemos a gente unida de la mano, a Cesar Chávez en el centro, y a policías con los dueños del rancho esperando para atacar. Había gente tomando fotos. Escucho que alguien me habla por mi nombre. Cuando volteo, veo a mi hermana. Mi Luz, arriba en los hombros de mi papá. La bandera de los *United Farmworkers Union* enfrente de ella. Su vocecita mucho más fuerte que la de los demás.

Sobre La Autora

Jackie cursa su último año en inglés con enfoque en pedagogía y segunda especialización en español y estudios chicanos. Piensa ser maestra de inglés o de estudios étnicos en una escuela de bajos recursos. Sus papás son de Capilla de Guadalupe, Jalisco, donde quiere vivir un día.



LUZ

Jackie Espinoza



Huelguista en Delano, CA, 1974. The Oscar R. Castillo Photo Archives, UCLA/CSRC/Library.

Sobre El Autor

Nativo de El Paso, TX, Oscar se interesó por la fotografía a temprana edad. Su educación formal y sus experiencias con el Depto. de Estudios Chicanos en CSU Northridge lo formaron como fotoperiodista. Su extensa colección fotográfica documenta los últimos 40 años de la comunidad chicanx, brindando una vista pacífica de la vida del barrio, el paisaje post-urbano, y las experiencias culturales y políticas en el espacio público—una de las colecciones más ricas en cantidad y contenido.